

ES

EDITORIAL

Habitar la ciudad en tiempos de pandemia

Sin vivienda no hay viviendo.

15 M

La pandemia de COVID-19 ha provocado un auténtico tsunami en la conciencia de lo que significa espacio público, así como de la propia configuración de lo urbano. En la actualidad, los movimientos sociales se encuentran en la tesitura de reformular material y simbólicamente su relación con la ciudad en un ejercicio de introspección no visto desde el movimiento 15-M. Al mismo tiempo, una crisis sanitaria inédita, que empeora en la medida en que se agudiza la crisis habitacional, ha puesto de nuevo sobre la mesa uno de los elementos centrales en el debate de aquellos días: el derecho a una vivienda digna y asequible. En el presente número de kult-ur abordamos esta última cuestión a partir de reflexiones sobre las desigualdades que atraviesa el acceso a la vivienda. Todo ello sin olvidar el camino recorrido por el activismo ciudadano y sin eludir las dudas y retos que plantea, también en este terreno, la nueva situación.

Durante la primavera de 2011 muchas personas salieron de sus casas para habitar las plazas. También hubo otras, sin techo propio, que compartieron hogar en improvisadas acampadas. En diversas ciudades, un insólito paisaje de tiendas de campaña y variopintas construcciones se apoderó del centro urbano en protesta por una gestión de la crisis económica que agravaba las desigualdades sociales y políticas. El corazón de la ciudad estaba ocupado y, desde la reflexión, la denuncia y la propuesta colectiva, el movimiento 15-M se demostró parando. Entre los múltiples latidos de indignación, el provocado por la estafa inmobiliaria, los derribos ilegales, los alquileres desorbitados y el drama de los desahucios, bombeó con fuerza la sangre de los movimientos y revitalizó la lucha por el derecho a una vivienda digna: Rebeldes sin casas, La vivienda es un derecho, no un negocio, Ni casas sin gente ni gentes sin casa... son frases que vistieron las calles y alimentaron asambleas en las que convergieron el movimiento de okupaciones y el de lucha por una vivienda social asequible.

Tiempo después las plazas se vaciaron —bien por auto-disolución o bien a golpe de desalojo policial—, pero la necesidad de articular espacios públicos de acción cívica permaneció en la conciencia de colectivos y activistas. Ciertamente, las alternativas de organización política no terminan de cuajar y la reivindicación social soñada en las calles ha acabado materializándose de forma muy desigual. No obstante, y quizá para intentar mantenerse con cierto equilibrio en medio de una crisis económica que no recula, las instituciones han tenido que abrirse a iniciativas inspiradas en aquellos pálpitos. En la agenda de la opinión pública emergen prioridades como la alternativa habitacional, la dación en pago o la anulación de las cláusulas suelo, y colectivos como la Plataforma de Afectados por la Hipoteca siguen siendo un referente de lucha contra los desahucios. Hoy por hoy cualquier administración debe lidiar con una crisis habitacional más que evidente y con cada uno de los daños colaterales que han propiciado décadas de un sistema económico depredador y corrupto. Por otro lado, no hay movimiento en pro de la justicia social, los derechos humanos y contra la pobreza en el que no repercuta de una forma u otra la lucha por una vivienda digna y en condiciones.

Tal y como se refleja en nuestra sección Àgora, la vivienda es un concepto multidimensional atravesado por diversos ejes de significado: espacial, social, político, económico, ambiental y simbólico. Desde cada uno de estos ejes se puede analizar y combatir las desigualdades multiplicativas generadas por políticas neoliberales que fomentan exclusión, explotación y dominación. Por otra parte, y de forma transversal a todos estos ámbitos, también se pueden articular acciones de resistencia y de lucha para cambiar las reglas de juego económico e inmobiliario. La irrupción de la actual pandemia no ha hecho sino dinamizar esta causa. No sólo ha evidenciado que el acceso a una vivienda salubre es cuestión de vida o muerte, sino que también ha subrayado los contrastes sociales al precarizar aún más las condiciones laborales y habitacionales de buena parte de la ciudadanía. Por ello, en este contexto de incertidumbre y fragilidad, resulta especialmente urgente eliminar las desigualdades estructurales que impiden el ejercicio de este derecho esencial y que contradicen los principios del pretendido Estado de Bienestar. Frente a las políticas neoliberales cómplices de la especulación, la privatización excluyente y el aumento del desempleo, las campañas por la reutilización de las vivien-



das vacías, el alquiler social, la regulación del suelo o la elaboración de una Ley de Vivienda Integral cobran un nuevo impulso. Del recorrido de este debate y de las posibilidades de las políticas alternativas dependerá en gran medida la recuperación de la salud tanto pública como democrática.

Pero, como decíamos, la COVID-19 no sólo ha repercutido en las condiciones materiales para el acceso a las casas y a las calles sino que ha desdibujado los parámetros espaciales de la acción ciudadana. El debate y la propuesta se desplaza. Ahora las asambleas son virtuales y buena parte de la dialéctica se traduce en argumentos asíncronos y acotados en minutos o caracteres. Durante el confinamiento las casas han abierto sus balcones y terrazas, y la gente ha podido estrenar desde sus lugares privados, espacios y tiempos para el reconocimiento social. El silencio de las carreteras ha devuelto a la ciudad el sonido de los hogares habitados y mediante el uso de las nuevas tecnologías se ha podido acceder a los contextos privados desde donde se gestionan asuntos públicos. En el 15-M cuerpos y palabras se apropiaron de lugares para dar sentido a nuevas formas de participación democrática, «Lo público somos nosotros» dirá Marina Garcés. Hoy aquel nosotros presencial y multitudinario está desubicado y el escenario urbano para el encuentro desdibuja sus límites. Cuando la prevención y el miedo recartografian los territorios, el reto sigue siendo buscar formas de apropiación de espacios para lo común. La acción colectiva deberá habitar la ciudad en la frontera de la vivienda y la calle; ocupar la intersección entre lo privado y lo público, simplemente, para seguir viviendo.

Castelló, julio de 2020.